

MARTA SANZ

Farándula

Premio Heralde de Novela



Valeria Falcón es una actriz de cierta notoriedad que cada jueves visita a una vieja gloria del teatro, Ana Urrutia. La Urrutia padece el síndrome de Diógenes y no tiene donde caerse muerta. Su ocaso se solapa con la eclosión de un capullo en flor, Natalia de Miguel, una joven aspirante que enamora al cínico Lorenzo Lucas, *alter ego* de Addison DeWitt. Nadie tendrá derecho a destrozar la felicidad de Natalia de Miguel, una chica muy delgada que en pantalla da gordita.

Por su parte, el ganador de la copa Volpi, Daniel Valls, confronta su éxito, su dinero y su *glamour* con la posibilidad de su compromiso político. A menudo llega a una conclusión: «Soy un débil mental». Charlotte Saint-Clair, su esposa, lo cuida como una *geisha* y odia a Valeria, gran amiga de Daniel. Un ictus, el montaje teatral de *Eva al desnudo* y la firma de un manifiesto descubrirán al lector: Una historia sobre el miedo a perder un sitio. El sitio. Sobre la resistencia a la metamorfosis y la conveniencia —o no— de la metamorfosis. Sobre qué significa hoy ser reaccionario. Sobre los cambios de lenguaje que reflejan cambios en el mundo. Y sobre los cambios de lenguaje que no reflejan nada. Sobre las pompas de jabón, el desprestigio de la cultura y la posibilidad del arte de intervenir en la realidad. Sobre la devaluación de la imagen pública del artista. Y su precariedad. Sobre la contradicción entre *glamour* y compromiso. Sobre el público. Sobre el relevo generacional y el envejecimiento. Sobre la escritura como acto de mezquindad. Sobre los actores ricos que firman manifiestos y los actores pobres que no firman nada porque nadie los tiene en cuenta. Sobre la paradoja de que sólo cuando alguien es anónimo empieza a servir para algo en su comunidad. Sobre la caridad como mal y las galas de beneficencia como bucle reproductor de la injusticia. Sobre la predicación con el ejemplo. Sobre si se puede luchar contra el sistema desde el sis-

tema. Sobre Angelina Jolie. Sobre la *mise en abyme* del teatro y el cine dentro del cine. Sobre la diferencia que existe entre decir «Es gente» o «Somos gente». Sobre el plural, el singular y la utilidad de la escritura.

Marta Sanz no se parece a ningún otro escritor de este país. Utiliza la risa como herramienta de diagnóstico. Un texto borde, divertido, triste, puntiagudo, urgente. Es farándula.

«Su estilo ágil (salpicado de fognazos brillantes), su inusual habilidad para retratar situaciones y para penetrar en la psicología de los personajes, y su fino oído para capturar la lengua hablada con vivacidad admirable convierten la escritura de nuestra novelista más en una gozosa representación de vida que en una melancólica o sombría manipulación de seres muertos» (Rafael Chirbes).

El día 2 de noviembre de 2015, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Paloma Díaz-Mas, Marcos Giralt Torrente, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde otorgó el 33.º Premio Herralde de Novela a *Farándula*, de Marta Sanz.

Resultó finalista *El instante de peligro*, de Miguel Ángel Hernández.

Tengo aspecto de fuerte e independiente y una voz que proyecto como debe hacer un actor: desde abajo.

MARÍA ASQUERINO

El teatro no es un mundo natural para quienes ponen en duda lo que quiera que se entienda por *glamour*.

LILLIAN HELLMAN

«That's entertainment!»

ARTHUR SCHWARTZ y HOWARD DIETZ (1953), en el musical para la Metro-Goldwyn-Mayer *The Band Wagon*, dirigido por Vincente Minnelli y protagonizado por Cyd Charisse y Fred Astaire

Faraloes

I

«APOCALYPSE NOW»

Valeria Falcón, una mujer de nombre aéreo, espectacular, y aspecto endeble, anodino, cruzaba a buen paso la Puerta del Sol. Se dirigía, como todos los jueves sobre las siete de la tarde, hacia la casa de Ana Urrutia, una vieja actriz que, igual que Greta Garbo, supo retirarse antes del descascarillado del cutis y el deterioro de las fundas dentales, y consiguió que algunas veces el público de cierta edad se preguntara: «¿La Urrutia se ha muerto o aún vive?». Desde detrás del cristal de su terrario, Ana Urrutia, espesa Ana, aguardaba quizá el momento oportuno para renacer mientras Valeria, enérgicamente, clavó el tacón de una de sus botas en la rendija de un respiradero. Entonces comenzó el horror.

Conversaciones y motores de helicóptero. Jerigonzas. Cajas de cambio a punto de cascar. Los gallos de un predicador rumano y las confianzas de las putas. El borboteo de la carne en salsa y los politonos de los móviles. Casca-beles. El hilo musical —*perreo*, máquina, bacalao, melódico caribeño, *abachatado*, armonías industriales o música de anuncios...— que sale de las zapaterías y el vals de las olas que escapa, junto al olor a jabón, de las tiendas de perfumes. Pompitas. Valeria Falcón, entre el tumulto, se dio cuenta de que no hubiese logrado identificar el sonido de sus pasos sobre el pavimento y, aunque era una mujer joven y no una anciana enferma de Alzheimer que se ha escapado de la vigilancia de su cuidadora —«Una cuñada que nunca me quiso», la vieja se lo aclara a quien la quiera es-

cuchar—, de repente, en el centro mismo de un centro del mundo, como la plaza Omonia, Tiananmen, el Zócalo, Trafalgar o Times Square, Yamaa el Fna, allí, Valeria Falcón, atrapada en la rendija del respiradero como un animal con la patita presa en la trampa, se sintió perdida. No reconocía lo que la rodeaba. Valeria sufrió un segundo de amnesia, desarraigo, desubicación. Un fundido a negro. Tuvo que pararse a pensar. Se preguntó quién era y hacia dónde se encaminaba. Recorrió circularmente con la mirada la Puerta del Sol, sin moverse del punto exacto en el que se había quedado clavada como aguja de compás. Paralítica de cintura para abajo.

Todo empezó a dar vueltas en torno a Valeria Falcón, que archivó en sus retinas: un autobús para la donación de sangre, los donantes abren y cierran la mano tendidos en sus camillas de escay, son altruistas que pesan más de cincuenta kilos, buenas personas que no cobran por regalar sus tuétanos. España es un país pionero y campeón en la donación de órganos y en los guisos preparados con entresijos, bofes y riñones de corderito. Valeria, inmóvil en mitad de la plaza, anotó mentalmente: *illuminati* sin estudios superiores, gente que sabe porque se lo ha enseñado la vida, profetas que hablan español con lengua de trapo y que no están corrompidos por el conocimiento de la universidad ni de las academias de educación a distancia, adoradores de Dios padre, en torno a los que se arremolina cada vez más público. La Puerta del Sol, anocheciendo, comienza a parecer una película rodada en los Estados Unidos. Valeria rotó sobre su eje y sacó polaroids cerebrales de: un campamento hecho con cartones y lonetas que se mueven con el viento del norte, damnificados con pancartas, un damnificado y un manifestante no son términos sinónimos aunque puedan confluir en alguna coordenada del espacio y del tiempo, trabajos manuales, un palo y una cartulina, caligrafía de párvulo que no pone mucho interés en completar sus planillas, palote, palote, palote cruzado, caligrafía no muy ex-

perta, desacostumbrada, «Los bancos nos roban», «Delincuentes», «Devolvednos lo nuestro», «Estafa institucional», «Todos, todos, todos son iguales» —no habla una mujer engañada por su esposo—, «¡Robin Hood!, ¿dónde te has metido?», «Danos el pan, mas líbranos del mal, amén» —no habla un creyente—. Valeria disparó otras vertiginosas fotografías en blanco y negro; sus pupilas hicieron *clic, clic*: los mendigos se sonríen y apuran sus tetra briks de morapio, seres deformes subrayan su deformidad con gran destreza y piden con un vasito, dan lástima y repelús, irritantes, súcubos, incubos, amenazadores, la pierna dentro de los hierros se va retorciendo varios grados por segundo y el ojo se sale cada vez más de su órbita...

Valeria registró incluso las visiones que se le habían quedado prendidas al rabillo del ojo mientras bajaba por la calle Montera: hombres anuncio compran y venden oro y otros minerales para fabricar dientes falsos, anunciantes de casas de empeño con chalecos color amarillo o naranja flúor —¿por qué?, ¿por qué?, ¡este lugar sólo es para peatones!—, repartidores de publicidad —las tres últimas categorías, hombres anuncio, anunciantes, repartidores de publicidad, son la misma—, loteros y loteras, policías con perros pastores dispuestos a morder, policías secreta disfrazados de chavalitos *hippies* o modernos como si Serpico no hubiese pasado a la historia, vendedores ambulantes de objetos voladores, cosas moradas, libélulas cutres, que se lanzan al aire, vuelan un segundo, brillan y vuelven a caer al suelo, casas de apuestas y tiendas de *souvenirs* con camisetas blancas de futbolistas a los que les brilla el torso depilado como si se embadurnaran de aceite, grimosos: al cogerlos entre las manos seguro que se resbalan como una trucha.

Valeria estuvo a punto de morir de una sobredosis de esos fogonazos que provocan ataques epilépticos en la pista de baile de la disco. Pero siguió acumulando *flashes*: curiosos buscan el mítico anuncio de Tío Pepe o la horrenda

estatua del oso y el madroño, y encuentran ópticas, ópticas y ópticas por todas partes, el boom de las ópticas para ver ¿el qué?, putas rezagadas de la calle Montera se comen un plátano subidas en botas de plataforma, muslos prietos dentro de medias de licra, faldas cinturón, chicas muy guapas, esclavas, africanas, de Valdemorillo, de Pinto, de Valdepeñas o Coimbra, otras rebañan los restos de tomate de un tupperware a la entrada de un portal y de postre fuman un cigarro, turistas japoneses fotografían con sus teléfonos inteligentes —*smartphones*— escaparates de tiendas de telefonía móvil —hay algo de mortuorio *déjà vu* en el gesto, la foto y la repetición, la telefonía dentro de la telefonía...—, algunos se limpian la boca tras salir de un dispensario de hamburguesas o un buffet libre, casi libre, «Coma todo lo que pueda por nueve noventa y cinco», qué asco, desperdigadas visiones, desubicadas, adolescentes mascan chicle, chupan caramelos, besan con lengua, lamen polos, tienen siempre la boca ocupada, fuera de servicio, adolescentes comen pipas y echan las cáscaras sobre el kilómetro cero, estatuas vivientes cambian de postura al oír el tilín de una moneda de veinte céntimos contra el platillo, Minnie Mouse —chivata de la policía— posa obscenamente para que la fotografíen, precipitados transeúntes se miran los pies y bajan a coger el metro o un tren de cercanías en el intercambiador de Sol.

«Es el apocalipsis now», pensó Valeria, que, mareada en el vórtice del sumidero, sacó el tacón de la rendija con un contundente golpe de pierna y reanudó la marcha, apretando el paso y subiéndose el cuello del anorak porque estaba helada de frío y ya llegaba tarde.

Demasiado tarde.

DANIEL VALLS SE COME LA CÁMARA

Aquéllos eran los años de esplendor de Daniel Valls, que acababa de recoger su Copa Volpi en Venecia y se preparaba para viajar a la Berlinale, donde coincidiría con Jane Fonda, quien había declarado que aunque exteriormente su aspecto fuese magnífico, por dentro se descomponía poco a poco de forma inexorable —osteoartritis pertinaz—, y con Matt Damon, ese gran muchacho que, por una causa noble y ecológica, se fotografiaba con un asiento de váter alrededor del cuello. También estaba a punto de hacer una parada en Madrid para asistir a la gala de los Goya, a la que acudiría acompañado de su amiga del alma, confidente, cómplice y paradigma de pureza, Valeria Falcón. La gala se adivinaba difícil porque, como era habitual desde hacía algunos años, en ella se contraponían dos puntos de vista sobre la función social del cine: el espectáculo frente al compromiso; la necesidad de entretenerse, de aliviarse, el *glamour*, la fábrica de sueños y los bellísimos trajes de noche de las actrices que pisan las alfombras rojas o verdes, frente a la urgencia de rebeldía y contestación ante las cosas que pasan... «El eterno retorno», pensó con pereza Daniel Valls. Sin embargo, estaba seguro de que ninguna gala de los Goya llegaría a ser tan corrosiva como la que él presentó. Aquélla fue la primera vez que le llovieron esos chuzos de punta que se le clavaron, como rayos de un Júpiter, furioso y tonante, en las zonas neurálgicas del cráneo. Migrañas. Daniel Valls se sintió tontorrón: cómo pudo llegar a creer que le agradecerían la generosidad de que peleara por él y por todos sus compañeros. Los enemigos se le tiraron a la yugular y los amigos no hicieron acto de presencia. Los amigos callaron porque estaban seguros de que Daniel Valls no necesitaba nada. Ni protección ni apoyo. Entonces fue cuando se exilió en París, sintiéndose bendecido por todos los dioses y por el amor, pijo y cuidador, de Charlotte Saint-Clair.

Daniel Valls estaba imponente —no guapo, pero sí magnético: tenía tendencia a ensanchar y respondía a un

fenotipo carpetovetónico— con su esmoquin y su pajarita azul desfilando en la entrada del Lido veneciano. Daniel, a diferencia de otros hombres que se *horterizaban* y *serializaban* al anudarse una pajarita o al ponerse determinado tipo de conjunto chaqueta pantalón, nunca parecía un camarero. A no ser que se empeñase en ser un camarero por exigencias del guión: entonces no había un camarero más camarero que Daniel Valls, que había nacido con una bandeja cosida a la mano y una sensibilidad innata para detectar a los clientes que dejan propina. Era un actor camaleónico y a veces costaba reconocerle: adicto al sexo, parálítico cerebral, asesino, padre de familia, abogado de éxito que en la infancia había sido víctima de abusos —felaciones dentro de la bañera principalmente— por parte de su madre, sombrerero loco. La metamorfosis no se producía gracias a la sofisticación del maquillaje, sino gracias al cambio en la expresión, el encorvamiento de la columna, la forma de decir en diferentes lenguas que no llegaba a dominar. «Ni siquiera la suya propia», rumiaban algunos resentidos.

En sus comienzos, los críticos lo habían señalado entre la multitud: «Este muchacho se come la cámara». Daba igual que se disfrazase de oficial del ejército rojo, destripaterrones, psiquiatra o traductor de la UE, Daniel Valls siempre se comía la cámara. También desde el primer momento surgieron las reticencias: «Éste ha nacido con una flor en el culo». La manida cuestión *match point* sobre hacia qué lado caerá la pelotita cuando roza la red y se eleva en el aire mientras los observadores aún no pueden definir si la gravedad la hará oscilar hacia el sector izquierdo o derecho de la pista de tenis era menos estremecedora que la idea de que nada dependiera de la suerte y todo se explicase a través del talento o el esfuerzo realizado. «¿Es posible sobreponearse a las condiciones más adversas?», se preguntaba Valls al reconstruir los rincones de su pequeña habitación infantil y su modesta colección de posavasos. Daniel Valls se acordó de su compañera Valeria Falcón al recibir la Copa

Volpi. Se le acalambraron las canillas en el preciso instante en que una viejísima Monica Vitti le entregaba su Copa en el Lido de Venecia.

Valls había ganado la Copa Volpi por su interpretación de un hombre, ni mejor ni peor que otros muchos, que un día compra un rifle con mira telescópica, sube a una azotea y comienza a disparar. El actor lograba que los espectadores del film, dirigido por el gran director surcoreano residente en Los Ángeles Mulay Flynn Austen, empatizaran con ese pobre individuo que mataba sin haber tomado la decisión de matar. Por exigencias de la naturaleza en un instante de comunión con la crueldad del mundo. Un dejarse ir que, al final, es una forma de suicidio. A lo Meursault. Y, *pluff*, de pronto la vida estalla en la conciencia de la desgracia. Desde ese enfoque, Daniel preparó su personaje. Era un enfoque que llevaba de moda más de medio siglo: el absurdo, la finitud de la vida que constituye el absurdo en sí, entre el ser y la nada la angustia de vivir, la búsqueda casi imposible, titánica, de la dignidad. Porque libertad era una palabra que quedaba muy grande en cualquier boca. Daniel Valls había conseguido una interpretación a la vez muy intelectual y muy física. Los críticos estaban de acuerdo en que el actor español, aunque ya habían pasado algunos años desde su irrupción en el mundo del cine, seguía comiéndose la cámara. Pocos rostros resultaban tan intensos y naturales como el de Daniel Valls. Su fotogenia y su expresividad estallaban en el centro del plano. «Una merecidísima Copa Volpi», rezaban los titulares de la prensa internacional. La nacional era menos entusiasta: «Ni un recuerdo para el cine español en el discurso de Valls», «¿Por qué vive Valls en París?». El actor intentaba echarle sentido del humor: «¿Qué desayunan los periodistas españoles?, ¿ajos?». O estoicismo refranero: «Nadie es profeta en su tierra».

Daniel se había pagado los estudios haciendo el turno de noche de un taxista que miraba aprensivamente a los

noctámbulos. En sus años de estudiante, casi no experimentó con el teatro *amateur*. Valeria, sin embargo, pasó la juventud desnuda o vestida sobre las tablas. Daniel, siempre que hacía una escala técnica en Madrid —como dirían los gilipollas—, se tomaba un café o una copa con Valeria. Se habían acostado juntos, pero dejaron de hacerlo porque se aburrían mientras follaban. A la mujer su compañero sexual le parecía a ratos demasiado dominante: tenía la impresión de que le hubiese gustado embriarla, ponerle un bocado de mula Francis y clavarle en las costillas la espuela del capataz. Para él, cuando Valeria se metía en la cama perdía el aura —el polvillo de estrella— del *glamour* de la familia Falcón, egregia estirpe de cómicos. Dejaron de hacer el tonto antes de que se produjera alguna confusión costosa e irreversible.

Valeria era el ejemplo vivo de que tener talento nunca ha sido suficiente para triunfar. O tal vez era una opción. Un acto de dignidad. Porque, quizá, no el fracaso pero sí un éxito no absoluto era la consecuencia de haber hecho una elección digna, una prueba de honestidad y pureza ética y estética. Valeria Falcón nunca, nunca se había lamido las heridas, nunca se había excusado: «Daniel, ¿hasta qué punto podemos elegir?». Él no se sentía capaz de responder a esa pregunta. No era gilipollas aunque las malas lenguas se encargaran de difundir el bulo de que para ser un buen actor convenía bordear la oligofrenia.

Daniel fue actor de reparto en malas producciones nacionales hasta que empezó a obtener papeles bastante lucidos en el cine italiano, danés, francés, alemán... Incluso Hollywood llamó a su puerta, pero Daniel declinó la invitación porque le interesaban más los proyectos que estaban desarrollándose en Europa. Una vez triturado por las aspas de la suerte —la suerte es una minipímer—, no supo si alegrarse o echarse a llorar. Reflexionaba: «Pero ¿qué significa el triunfo, qué significa el talento, qué significa la suerte?». Entonces sus detractores se le echaban encima para recor-